

LA CIENCIA POLÍTICA, LAS NUBES Y LOS RELOJES: EL ESTADO DE LA DISCIPLINA*

por Juan Abal Medina (h)**

“Las sistemáticas y constantes reflexiones sobre un limitado número de casos con respecto a un problema particular pueden dejarnos teorías de alcance medio en el sentido de Merton, limitadas espacial y temporalmente. Estas islas de teoría (Wiarda, 1985) pueden ser expandidas siguiendo los estrictos criterios de comparación con otros (limitados) casos y eventos. Dado esto tendremos una manuable sustancia plástica, situada entre los extremos del determinismo mecánico (“clocks”) en una mano y el completamente difuso e intratable (“clouds”) en la otra (Almond and Genco, 1977), esto puede ser lo mejor que podemos esperar”.

Charles C. Ragin, Dirk Berg-Schlosse
y Gisèle de Meur (1998)

El objetivo del presente trabajo es realizar una breve reflexión sobre el estado actual de la ciencia política a la luz de los principales aportes recientes a la discusión epistemológica. Comienzo señalando la paradójica situación actual en la que se sostiene, a la vez, la madurez de la disciplina mientras se vuelve palpable una profunda controversia ontológica. Continúo exponiendo las tres características que, a mi entender, tipifican la naturaleza propia de la ciencia política y finalizo con un breve resumen de la historia de la disciplina, historia que, creo, apoya mis argumentos.

La situación actual

Definir el status científico de nuestra disciplina ha sido una de las principales preocupaciones de la literatura politológica desde sus orígenes

* El autor agradece los comentarios de Ernesto Calvo y Guillermo O'Donnell. Este trabajo fue realizado en Georgetown University durante una estadía como investigador visitante del Departamento de Gobierno.

** FLACSO-México, UBA, UNSAM y CONICET. E-mail: juanabal@bigfoot.com

(Eulau, 1973: 1-2 y Waldo, 1975: 123) y continúa siéndolo en nuestros días (Almond, 1998:52).

En el prefacio de su *Handbook of Political Science*, Greenstein y Polsby (1975: v) señalaban que la ciencia política “es amorfa, heterogénea y está mal definida”. Más de veinte años después sería difícil no coincidir, por lo menos en algún sentido, con esa idea. Si bien el debate disciplinario ha perdido la estridencia que tuvo en los años setenta¹, no por ello se ha llegado a algún tipo de acuerdo metodológico básico y lo que prevalece es más bien una *politically correct* aceptación del punto de vista del otro (que se considera, sin embargo, profundamente erróneo).

En dos importantes obras recientes se puede apreciar un claro ejemplo de la disparidad de visiones que pueblan la disciplina. Así, Shepsle y Bonchek (1997: 7-8) realizan un breve recuento de la transformación del estudio de la política desde la “narración de leyendas y el intercambio de anécdotas” hasta llegar a la “explicación de las regularidades empíricas” que acercan hoy a la disciplina a la física y a las ciencias naturales. Almond, (1998: 52) por el contrario, señala que “... dentro de la ontología de las familias de las ciencias estamos del lado de las nubes en el continuo de Popper (1972). Es decir que las regularidades que son descubiertas son probabilísticas más que legaliformes y muchas de ellas pueden tener una corta vida”².

Sin embargo, esta disparidad radical de puntos de vista epistemológicos (y, por lo tanto, ontológicos) se combina con una disciplina cada vez más asentada, sólida y profesionalizada (Pasquino, 1988: 34), más internacionalizada (Finifter, 1993: viii), en síntesis, “más madura” (Goodin y Klingemann, 1998: 10-14).

¿Cómo puede explicarse esta paradoja? Para comprenderla debemos analizar tres características que presenta la construcción disciplinaria contemporánea: su multiplicidad de enfoques rivales, su carácter ecléctico y la división en subcampos.

¹ Cuando, por ejemplo, se constituyó el autodenominado “*Caucus* para una nueva ciencia política” en la APSA (Waldo, 1975: 113), o estaba en su apogeo la llamada *methodenstreit* o guerra metodológica (Almond, 1998:89). Una muestra casi extrema de la virulencia del debate en la ciencia política nos la proporciona el mexicano José Luis Orozco (1978).

² Utilizo estos dos ejemplos porque ambas ideas corresponden a autores que, por su prestigio y por los temas que trabajan, se inscriben en el “corazón” de la disciplina. Si nos asomamos a los “márgenes”, las diferencias se acentúan aún más. El filósofo político italiano Danilo Zolo señala que “... la ciencia política ha fracasado totalmente en elaborar alguna ley de naturaleza causal o estadística capaz de conducir a explicaciones y menos aún a predicciones generales” (Zolo, 1994: 46). Por el contrario, la metodóloga Kathleen McGraw (1998: 769) señala el crecimiento en la aceptación de los métodos experimentales en la corriente principal de la ciencia política.

I. Multiplicidad de enfoques

En la empresa teórica de la ciencia política siempre han existido enfoques teóricos contradictorios sostenidos por politólogos que “discrepan sobre los métodos apropiados y proponen hipótesis y teorías que, literalmente, se contradicen entre sí” (Zuckerman, 1991: 13). Cada uno de estos enfoques o perspectivas tuvieron épocas de auge y decadencia. Cada uno de ellos sostiene una visión particular de la naturaleza de lo político (una ontología), del proceso de teorización que debe llevarse a cabo (una epistemología) y de los medios adecuados para conocerlo, es decir una orientación metodológica.

Parece existir una particularidad en las ciencias sociales por la cual el conocimiento no avanza por las rupturas revolucionarias que Kuhn (1957) identifica en las ciencias naturales sino que los distintos enfoques conviven temporal y espacialmente. Esto es producto, en palabras de Dogan, de la inexistencia de verdaderos paradigmas en las ciencias de lo social, “varias teorías pueden cohabitar, pero hay un paradigma sólo cuando una de ellas, empíricamente verificable, domina a todas las demás y es aceptada por toda la comunidad científica” (1998: 104).

Esto da lugar a la existencia de sorprendentes ciclos recurrentes en las ciencias sociales, con perspectivas que, de repente, tras estar “olvidadas” por un tiempo pasan a dominar el campo, lo que se percibe con el dominio de ciertos conceptos y procesos de expansión y colonización discursiva hacia otras perspectivas, para pasar luego al olvido.

Sostener esto no significa apoyar así como el mito del eterno retorno (Eliade, 1989) o de Sísifo (Camus, 1977) en nuestra disciplina, sino señalar una realidad empírica: “no ha habido un cuerpo de teoría que provea de una explicación coherente a fenómenos diversos” (Shepsle, 1989: 132). No existe un “dogma” científico comúnmente aceptado, la variedad de enfoques caracteriza a la ciencia política (Stoker, 1995: 19)³.

³ Algunas precisiones terminológicas: por lo que sostuve arriba no creo conveniente hablar, para nuestra disciplina, de “ciencia multi-paradigmática”, como hace por ejemplo Wolin (1968), sino de multiplicidad de “enfoques” o “perspectivas”. Asimismo, tampoco me parece apropiado hablar de “escuelas”, en la ciencia política (salvo en casos contados) ya que ello da, a mi entender, una idea de orden y cohesión exagerada. Un “enfoque” o “perspectiva” hace referencia a una orientación particular de los politólogos hacia formas diferentes de abordar la disciplina. No confundir el uso que estoy haciendo del término “enfoque” con el de “subcampo” o “subdisciplina”, ver al respecto el apartado III.

II. Eclecticismo o dogmatismo

Ahora bien, esta realidad empírica puede bien ser un error modificable, producto de que los estudiosos se han equivocado en el pasado en “cómo la disciplina debe proceder en el estudio de lo político” (Lalman, Oppenheimer y Swistak, 1993: 98). Pero, por otro lado, puede ser simplemente la consecuencia de que “las personas y las sociedades son demasiado complicadas” lo que genera un “déficit que probablemente estuvo de manera indefinida” (Elster, 1997: 33).

Los enfoques teóricos pueden agruparse en relación con la respuesta que dan a cuatro preguntas sobre la “cientificidad” del estudio de lo político: si es una ciencia, si está volviéndose una ciencia, cómo se está científizando y qué clase de ciencia es o se está volviendo (Waldo, 1975: 122). Las respuestas pueden resumirse en tres grandes posiciones⁴:

- 1- El estudio de la política no puede ser una ciencia.
- 2- El estudio de la política es una ciencia, pero de naturaleza distinta a las ciencias naturales.
- 3- El estudio de la política es una ciencia inmadura capaz de lograr, con el tiempo y el esfuerzo, ser una ciencia como las demás (naturales).

Sobre esta base tan simple puede ubicarse todo el debate disciplinario de la ciencia política contemporánea. Los enfoques o autores que defienden una determinada posición parten de un supuesto sobre la naturaleza del objeto. Si uno entiende que la política es un juego enteramente contingente donde todos los desenlaces son igualmente factibles, seguramente sostendrá posiciones cercanas a la número uno que identifiqué arriba, es decir la política no es ni puede ser una ciencia en cualquier sentido que le demos al término⁵.

⁴ Creo que la mejor forma de entender esto es como un continuo semejante al de las nubes y los relojes planteado por Popper (1972). Esta clasificación trimodal es planteada por varios autores.

⁵ Las posiciones abiertamente anti-científicas nunca han sido muy importantes en la ciencia política, vale la pena mencionar al filósofo Leo Strauss (1973). Asimismo, los seguidores de Foucault o Lyotard en la ciencia política han moderado el relativismo que caracteriza al autodenominado pensamiento posmoderno (Von Beyme, 1994: 187), y los historiadores de la disciplina que sostienen un “estadio postcientífico” (Ricci, 1984; Seidelmann, 1985 y Saxonhouse, 1993: 9) no niegan la posibilidad de alcanzar un tipo de conocimiento sistemático, lógico y coherente, es decir científico en sentido amplio (Stoker, 1995: 15), sino que atacan las ideas hiper-cientificistas que identificamos con la posición tres en nuestro continuo. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los analistas que se inscriben en el enfoque del análisis del discurso (Howarth, 1995).

Ahora bien, si suponemos que la dinámica política no presenta infinitos grados de libertad, y es susceptible de ser abordada de acuerdo a algún "método científico" (Sartori, 1998: 225) capaz de identificar algún tipo de regularidades (Riker, 1991: 541) con el objetivo de "aprender hechos sobre el mundo real" (King, Keohane y Verba, 1994: 6), estamos en condiciones de sostener la pertinencia de llamar científica a nuestra disciplina.

Sin embargo, ¿en qué sentido hablamos de ciencia? La "profunda controversia en la que está inmersa la investigación politológica" (Ragin, Berg-Schlosser y Meur, 1998: 762) gira sobre la respuesta que se dé a esta pregunta.

En un extremo (que identificamos en nuestro continuo con la respuesta tres) tendremos a los enfoques que señalan que la ciencia de lo político no difiere en forma sustancial de las otras ciencias, es decir que realmente existe una sola ciencia empírica y acumulativa, unificada en torno a un método compartido (Neurath, Carnap y Morris, 1955). A lo largo de la historia de la disciplina los dos enfoques teóricos que han defendido con más radicalidad esta visión han sido el "conductista" o *behavioralism* y el de la "elección racional" o *rational choice*.

Para ambos enfoques las diferencias en términos del objeto de la ciencia política no serían importantes ya que lo que distingue a la ciencia es su método, el de las ciencias empíricas, que busca, mediante teorías generales con forma de ley, "predecir y explicar los eventos políticos" (Shepsle y Bonchek, 1997: 12). Ambos "movimientos académicos" (Easton, 1970: 20), apoyados en desarrollos epistemológicos, sostuvieron que el carácter heterogéneo y disperso que presenta la disciplina obedece a su inmadurez, y que, por lo tanto, es resoluble abandonando los errores cometidos en el pasado⁶.

Ambos enfoques se presentaron como una "revolución" al sostener que su surgimiento significó una discontinuidad en la historia de la disciplina, catalogando generalmente al conocimiento que los precedió como "pre-científico" (Almond, 1998: 86). Sin embargo, despojados de su maximalismo, es innegable que tanto el conductismo, con su énfasis en las investigaciones empíricas, como la elección racional, con su interés por el rigor analítico, contribuyeron de manera sustancial al crecimiento de la disciplina.

Por otro lado, existen varios analistas que sostienen que el status ontológico de nuestro objeto de estudio, como el de todas las ciencias sociales, impide que en ella pueda funcionar el modelo científico planteado por el

⁶ Ver al respecto Merton (1967), especialmente sus ideas sobre "las exégesis estériles" y las "tendencias degenerativas".

positivismo lógico para las ciencias naturales. Los actores de la política “son seres humanos, actores intencionales capaces de conocer y de actuar en consecuencia, por lo que las creencias, los propósitos, las intenciones y los significados son elementos cruciales en la explicación de su acción” (Goodin y Klingemann, 1998: 10).

Plantear esto no significa sostener que “la única alternativa a la explicación legaliforme sea un relato o una descripción” (Elster, 1997: 34), sino solamente señalar la necesidad de adoptar una definición de ciencia más amplia para el estudio de lo político (Potter, 1967: 7) que no “copia los métodos de las ciencias naturales” (Stoker, 1995: 15), pero sí exige una coherencia lógica y un rigor analítico en la búsqueda de “crear conocimiento sobre lo político a partir de deducciones o generalizaciones basadas en la experiencia” (Almond, 1998: 52).

Esta visión de la disciplina, que Almond (1998) ha llamado “eclecticoprogresiva” y Pasquino (1988: 16) “abierta y ecléctica”, al no sostener la existencia de un solo método correcto admite la convivencia de distintos enfoques teóricos. En general, en la historia de la disciplina, esta interpretación ha sido la predominante salvo en el momento de auge del conductismo en los años cincuenta y sesenta. Obviamente está lejos de ser un cuerpo coherente, por el contrario sus partidarios van desde aquellos que asumen el enfoque de la elección racional “moderado” (Almond, 1998: 87), hasta los miembros de las corrientes de análisis del discurso que no reniegan de la factibilidad de alcanzar un conocimiento científico coherente (Held, 1992), pasando por la mayoría de los autores del enfoque institucionalista.

De lo sostenido hasta aquí se desprende que ésta es la visión de nuestra disciplina que comparto. Un campo de conocimiento plural, sólido y riguroso donde el progreso se da por acumulación y no por “rupturas paradigmáticas” mediante “la herencia de conceptos, métodos, teorías y praxis” (Dogan, 1998: 106) y donde las teorías que se vuelven antiguas o inválidas o bien no reaparecen o bien, si lo hacen, regresan transformadas o incorporadas a nuevas teorías⁷.

III. Subdisciplinas y especialización

En un desarrollo paralelo, aunque relacionado, a la pluralidad de enfoques en la disciplina se han ido constituyendo determinadas áreas de

⁷ Una ciencia política plural, ecléctica e interactiva “guiada por su intransigente compromiso en las reglas de la evidencia y la deducción” (Almond, 1998: 89).

conocimiento, en algún sentido verdaderas subdisciplinas (Goodin y Klingemann, 1998: 3), que se relacionan con un campo de conocimiento sustantivo aunque también con un método, lo que hace difícil su identificación y, especialmente su separación de los “enfoques teóricos” de los que hablamos en los apartados anteriores.

En principio no parece problemático señalar la existencia de cuatro subdisciplinas, la teoría política, las relaciones internacionales, las políticas públicas o administración pública y la metodología política. En cada una de ellas conviven diferentes enfoques, que reproducen o no los “grandes” enfoques de la disciplina como un todo, existen textos tratados como “clásicos” y autores preeminentes⁸.

Pero dicho esto se acaban los acuerdos; ¿es la política comparada, *the heard of political science*, una subdisciplina sustantiva o un énfasis en la comparación en sí misma? (Mair, 1998: 309); el institucionalismo ¿es un campo donde conviven diversos enfoques o una “manera” de acercarse a temas tradicionales de la ciencia política? Las mismas dudas pueden plantearse sobre la “economía política” o el “comportamiento político”, y ni que hablar de los estudios de partido o de género¹⁰.

A lo anterior tenemos que sumar la fuerte tendencia de la profesión en compartimentarse en grupos autosuficientes de expertos en regiones, “mesas separadas” en un sentido diferente al dado por Almond (1990: 13-31)¹¹.

Sin duda esta especialización creciente puede ser vista como una muestra de la profesionalización de la ciencia política en el sentido optimista señalado por Dogan (1998: 99), pero plantea el riesgo de disolver la disciplina en una multitud de fragmentos, con la suma de enfoques, subdisciplinas y

⁸ Muy ilustrativos de esto son los apéndices que acompañan el trabajo de Goodin y Klingemann (1998).

⁹ En el apéndice 1-F de Goodin y Klingemann (1998), Shepsle aparece como uno de los autores principales de la subdisciplina “economía política”, cuando él se define como “institucionalista” (sección donde el autor más citado es North, un economista) y partidario de la elección racional. El último boletín de la sección de Política Comparada de la APSA contiene un artículo de su presidente, Collier (1998), sobre el análisis histórico comparado en el que se revisan los aportes de Skocpol, autora que en el *Handbook* de Goodin y Klingemann (1998) aparece como una de las principales de la subdisciplina de la “política pública”.

¹⁰ La APSA, Asociación Americana de Ciencia Política, en su *Biographical Directory*, identificaba en 1968 veintisiete subdisciplinas, en 1973 el número se elevó a sesenta. Hoy dispone de treinta y tres secciones organizadas de funcionamiento regular.

¹¹ Incluso dentro de estos grupos regionales se dan las separaciones por subdisciplinas, “*the party people eating separately from the public policy people*” (Mair, 1998: 318), cada uno con su propio “menú” de asociaciones, redes y revistas.

áreas, como se lamentan varios autores (Easton y Schelling, 1991: 49), si la especialización no es acompañada por mayores espacios de encuentro¹².

IV. Una breve historia

La comprobación de todo lo que he sostenido hasta aquí puede encontrarse en la misma historia contemporánea de nuestra disciplina. La misma existencia de tantas y tan diversas interpretaciones del desarrollo de la ciencia política demuestra que ésta está lejos de ser un campo donde teorías legaliformes demuestren su verdad o falsedad en la constatación empírica¹³. Reconociendo que *la historia de la ciencia política no puede ser neutral*¹⁴ haré un breve resumen de su desarrollo.

Podemos situar el origen contemporáneo de la ciencia política en los años finales del siglo XIX, cuando comenzó a ser reconocida oficialmente como disciplina autónoma (Waldo, 1975) en varias universidades¹⁵. A pesar de que sus precursores fueron mayoritariamente europeos la disciplina fue hasta 1945 “casi exclusivamente americana” (Duverger, 1988: 563).

En sus primeros años el enfoque claramente predominante fue “esencialmente legal, filosófico e histórico” (Almond, 1998: 65). La primera gran transformación puede situarse con “la escuela de Chicago” en los años veinte y treinta con nombres como Merriam, Gosnell y Laswell quienes desarrollaron una serie de investigaciones empíricas apoyadas en una rica metodología que incluía encuestas, *focus groups* y otras técnicas “experimentales”¹⁶.

La Segunda Guerra Mundial significó un fuerte aporte a la disciplina en los Estados Unidos por la llegada de un gran número de académicos

¹² Me estoy refiriendo, por ejemplo, a los congresos mundiales de la IPSA u otros similares.

¹³ Es interesante notar cómo la historia disciplinaria puede ser contada de tantas maneras, dependiendo del enfoque del autor: comparar Almond, 1998; con Riker, 1991; con Waldo 1975 y con Shepsle 1989, o de su nacionalidad, comparar las anteriores, todas americanas con: Pasquino, 1988 (Italia), Duverger 1988 (Francia) y Stocker 1995 (Gran Bretaña). Es divertido, por ejemplo, como Pasquino trata a la ciencia política francesa y como Duverger se refiere a la italiana.

¹⁴ Para utilizar el nombre del conocido libro de Dryzek, 1990.

¹⁵ Columbia (1880), John Hopkins (1883), London School of Economics (1895) y Escuela Libre de Ciencias Políticas (1872).

¹⁶ No entiendo el motivo, pero la mayoría de los analistas cercanos al enfoque del *rational choice* parecen olvidar esta primera etapa de la cientificación de la disciplina al hacer el recuento teórico del desarrollo de la ciencia política.

Europeos exiliados, lo que Waldo (1975: 44) llama “la re-europeización”, entre los que se destacan los filósofos neopositivistas que tendrían una enorme influencia en las ciencias sociales. El corazón de la ciencia política se trasladó hacia Yale, con Dahl y Lindblom y a Harvard donde un politólogo canadiense, Easton, encabezó la llamada “revolución conductista”. Ya he hablado de este enfoque y de sus pretensiones, lo que quiero destacar es que su rápida transformación en la posición hegemónica se explica por “la simpatía hacia las formas científicas de investigación y análisis y el optimismo respecto de las posibilidades de mejorar el estudio de la política” (Dahl, 1973: 92).

La ciencia política estadounidense fue en los años cincuenta y sesenta básicamente conductista, los otros enfoques fueron relegados y se refuerza el ideal del positivismo lógico de una ciencia, social por lo menos, unificada en las *behavior sciences* (Easton, 1970: 31). El conductismo en la ciencia política adopta la perspectiva sistémica y funcionalista de la sociología de Parsons (Pasquino, 1988: 19) y se expande por el mundo influenciando tanto a las nacientes ciencias sociales latinoamericanas como a la revitalizada ciencia política europea, que si bien nunca adoptó por completo este enfoque fue claramente impregnada por él¹⁷.

Sin embargo el auge del conductismo fue breve, ya a mediados de los sesenta se alzaban importantes voces de protesta; Lipset (1969) señala la desastrosa tendencia al hiperfactualismo, Almond y Powell (1972) le reprochan su provincialismo, descriptivismo y formalismo¹⁸; y Dahl su olvido de la historia (1973).

Los años setenta muestran una disciplina más internacionalizada¹⁹ pero sumergida en un feroz debate interno producto de las crecientes críticas a la epistemología positivista que se continúa en los ochenta con el desprestigio creciente de las explicaciones funcionalistas. En este marco “renacen” los enfoques tradicionales opacados por el conductismo: la teoría normativa (Miller, 1990) y el análisis de las instituciones (March y Olsen, 1993), que han sido llamados con justicia “el doble pilar de la disciplina” (Held y Leftwich, 1984: 147).

Este es el contexto en el que se da la expansión de la elección racional que pasa de ocupar un lugar casi marginal en los años anteriores a una situación

¹⁷ Basta para percatarse de ello recordar la famosa definición de ciencia política “en sentido estricto” dada por Bobbio: “el estudio del fenómeno político de acuerdo a la metodología de la ciencia paradigmática de la época” (Bobbio, 1983).

¹⁸ Proponiendo moverse en dirección de la política comparada y el desarrollo político.

¹⁹ Se destacan los desarrollos de la disciplina en Francia, con Duverger y Leca; en Italia, con Sartori y Bobbio; en Escandinavia con Rokkan y en Gran Bretaña con Finer, entre otros.

actual de preeminencia en buena parte de la disciplina (Green y Shapiro, 1994: 2). Con intenciones aún más radicales en términos de su pretensión de cientificidad que el conductismo, este enfoque señala que “las aspiraciones a la unidad y la cuestión de las explicaciones universales han estimulado el progreso en todas las ciencias” (Ferejohn y Satz, 1995: 83) constituyéndose para Almond (1991 y 1998) en una “maximalismo científico” que se ha expandido a varias subdisciplinas²⁰.

Es muy pronto para hacer el balance crítico del enfoque de la elección racional, sólo resta señalar que su búsqueda de explicaciones parsimoniosas ha sido una buena influencia para la disciplina y, dejando de lado sus versiones más extremistas, su legado, como fue el de la escuela de Chicago, o el del conductismo, puede ser importante para la interminable empresa de la ciencia política, que ya está en los noventa “genuinamente internacionalizada” (Goodin y Klingemann, 1998: XIV).

Para finalizar cito una frase de uno de los “padres” del *rational choice* para demostrar que incluso sus partidarios, o por lo menos los más inteligentes, terminan aceptando que la naturaleza particular de la ciencia política la aleja necesariamente de ciencias naturales: “en mi opinión, qué combinación de instituciones, gustos y habilidad aparecerá en cada sistema político es algo tan impredecible como la poesía. Pero, dadas las constantes estructurales y culturales a corto plazo, existe cierta estabilidad, cierta posibilidad de predicción de los resultados, y la función de la ciencia de la política es identificar estas constantes inestables” (Riker, 1991: 547).

²⁰ Especialmente importante es este enfoque en el estudio de las instituciones (Weingast, 1998), en la economía política (Grofman, 1998) y en las discusiones metodológicas (King, Keohane y Verba, 1994).

Bibliografía

- Alexander, J. (1991), "La centralidad de los clásicos" en Giddens, A., Turner, J. y otros, *La teoría social, hoy*, Alianza Editorial, México.
- Almond, G. A. (1998), "Political Science: The History of Discipline" in Goodin, R. and Klingemann H. (eds.) *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press, Great Britain.
- Almond, G. A. (1991), "Rational choice theory and the social sciences", pp. 32-52 en *The Economic Approach to Politics*, edit. K.R. Monroe, New York, Harper Collins.
- Almond, G. A. (1990), *A Discipline Divided*, Newbury Park, Calif., Sage.
- Almond, G. A. and S. J. Genco (1977), "Clocks, clouds and the study of politics", *World Politics*, 29, 489-522.
- Almond, G. A. and Powell (1972), *Política Comparada*, Paidós Editorial, Buenos Aires, Argentina.
- Bobbio, N. (1981), *Diccionario de Ciencia Política*, Siglo Veintiuno Editores, México.
- Camus, A. (1977), *El mito de Sísifo*, Losada editores, Buenos Aires.
- Collier, D. (1998), "Letter from the President. Comparative-Historical Analysis: Where Do We Stand?" en *APSA-CP Newsletter of the APSA, Organized Section in Comparative Politics*, Volume 9, Number 2, Summer 1998.
- Dahl, R. (1973), "The behavioral Approach in Political Science: Epitaph for a Monument to a Successful Protest" en Eulau H. (eds.), *Behavioralism in Political Science*, Stanford University, Lieber-Atherton, New York.
- Dogan, M. (1998), "Political Science and the Other Social Sciences" in Goodin, R. and Klingemann H. (eds.) *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press, Great Britain.
- Dryzek, J.; Farr, J.; Seidelman, R.; and J. Funnell (1990), "Can political science history be neutral?", *American Political Science Review*, 84, 587-607.
- Duverger, M. (1988), *Métodos de las Ciencias Sociales*, Editorial Ariel, México.
- Easton, D. (1970), *Esquema para el análisis político*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Easton, D. and C. Schelling eds. (1991), *Divided Knowledge*, Newbury Park, Calif., Sage.
- Eliade, M. (1989), *El mito del eterno retorno*, Alianza, México.
- Elster, J. (1997), *Economics*, Gedisa Edit., Barcelona, España.
- Eulau, H. (1973), "Tradition and Innovation: On the Tension between

- Ancient and Modern Ways in the Study of Politics” en Eulau H. (eds.), *Behavioralism in Political Science*, Stanford University, Lieber-Atherton, New York.
- Ferejohn, J. and D. Satz (1995), “Unification, universalism and rational choice theory”, *Critical Review*, 9, 85-94.
- Finifter, A. (ed.) (1993), *Political Science: The State of the Discipline II*, The American Political Science Association, Washington, D.C.
- Goodin, R. and H. Klingeman (1998), “Political Science: The Discipline” en Goodin R. and Klingeman H., *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press, Great Britain.
- Green, D. P., and I. Shapiro (1994), *Pathologies of Rational Choice Theory*, New Haven, Conn., Yale University Press.
- Greenstein F. y N. Polsby (1975), *Handbook of Political Science: Scope and Theory*, Addison-Wesley Publishing Company, United States of America.
- Grofman, B. (1998), “Political Economy: Downsian Perspectives” in Goodin R. and Klingeman H., *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press, Great Britain.
- Held, D. (1992), “Introduction” en *Political Theory Today*, Cambridge University Press.
- Held, D. and A. Leftwich (1984), “A Discipline of Politics?” in A. Leftwich, A. (ed.), *Political Theory Today*, Cambridge, Polity Press.
- Howarth, D. (1995), “La teoría del discurso” en Stoker, G. *Teoría y Métodos de la Ciencia Política*, Alianza Universidad Textos, Madrid.
- King, G., Keohane, R. y S. Verba (1994), *Designing Social Inquiry*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey.
- Kuhn, T. S. (1957), *The Structure of Scientific Revolutions*, 1962 edn., Chicago, University of Chicago Press.
- Lalman, D., Oppenheimer, J. and P. Swistak (1993), “Formal Rational Choice Theory: A Cumulative Science of Politics” in Finifter A. ed., *Political Science: The State of the Discipline II*, The American Political Science Association, Washington D.C.
- Lipset, S. M. (ed.) (1969), *Politics and the Social Sciences*, Nueva York, Oxford University Press.
- Mair, P. (1998), “Comparative Politics: An Overview” in Goodin, R. and Klingemann H. (eds.) *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press, Great Britain.
- March, J. and J. Olsen (1993), “El nuevo Institucionalismo: factores organizativos de la vida política” en *Zona Abierta* 63/64.
- Mcgraw K. (1998), “Political Methodology: Research Design and Experimental Methods”, en Goodin, R. and Klingemann H. (eds.) *A*

- New Handbook of Political Science*, Oxford University Press, Great Britain.
- Merton, R. K. (1967), *Social Theory and Social Structure*, New York, Free Press.
- Miller, D. (1990), "The Resurgence of Political Theory", *Political Studies*, XXXVIII, 3, pp. 421-37.
- Neurath, O.; Carnap, R.; and Morris, C.L., eds. (1955), *International Encyclopedia of Unified Science: Foundations of the Unity of Science*, 2 vols., University of Chicago Press, Chicago.
- Orozco, J. L. (1978), *La pequeña Ciencia. Una crítica de la ciencia política norteamericana*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Pasquino, G. (1988), "Naturaleza y evolución de la disciplina" en Pasquino G., comp., *Manual de Ciencia Política*, Alianza Editorial, Madrid.
- Popper, K. (1972), *Objective Knowledge: An Evolutionary Approach*, Oxford, Clarendon Press.
- Potter, C. et.al (1967), *Social Science and Society*, Milton Keynes: Open University Press.
- Ragin, C., Ber-Schlosser D. and Meur G. (1998), "Political Methodology: An Overview" en Goodin R. and Klingeman H., *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press, Great Britain.
- Ricci, D. (1984), *The Tragedy of Political Science*, New Haven, Conn., Yale University Press.
- Riker, W. (1991), "Implicaciones del desequilibrio de la regla de la mayoría para el estudio de las instituciones", en Colomer J. (eds.), *Lecturas de Teoría Política Positiva*, Ministerio de Economía y Hacienda, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid.
- Sartori, G. (1998), *La Política*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Saxonhouse, A. (1993), "Texts and canons: the status of the "great books" in political science." in Finifter, A., *Political Science: The State of the Discipline II*, The American Political Science Association, Washington D.C.
- Shepsle, K. and Bonchek, M. (1997), *Analysing Politics. Rationality, Behavior, and Institutions*, W.W. Norton & Company, New York - London.
- Shepsle, K. A. (1989), "Studying institutions, some lessons from the rational choice approach", *Journal of Theoretical Politics*, Vol. 1, N° 2, Sage Publications, Londres, Thousand Oaks y Nueva Delhi.
- Seidelman, R. (1985), *Disenchanted Realists: Political Science and the American Crisis, 1884-1984*, Albany, State University of New York Press.
- Stoker, G. (1995), Introducción en *Teoría y Métodos de la Ciencia Política*, Alianza Universidad Textos, Madrid.
- Strauss, L. (1973), "What is Political Philosophy?," en Eulau H. (ed.), *Behavioralism in Political Science*, Stanford University, Lieber-Atherton,

New York.

- Von Beyme, K. (1994), *Teoría Política del siglo XX. De la modernidad a la postmodernidad*, Alianza Universidad Editorial, Madrid.
- Waldo, D. (1975), "Political Science: Tradition, Discipline, Profession, Science, Enterprise" en Greenstein F. and Polsby N. (eds.), *Handbook of Political Science: Scope and Theory*, Addison-Wesley Publishing Company, United States of America.
- Weingast, B. (1998), "Political Institutions: Rational Choice Perspectives", en Goodin R. and Klingeman H., *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press, Great Britain.
- Warda, H.H., (ed.) (1985), *New Directions in Comparative Politics*, Boulder, Colo., Westview Press.
- Wolin, S. (1968), "Paradigms and Political Theories" en P. King y B. C. Parekh (comps.), *Politics and Experience*, Cambridge, University Press.
- Zolo, D. (1994), *Democracia y complejidad. Un enfoque realista*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- Zuckerman, A. (1991), *Doing Political Science*, Boulder, Col., Westview.

Resumen

Este trabajo realiza una breve reflexión sobre el estado científico actual de la ciencia política a la luz de los principales aportes recientes a la discusión epistemológica. El autor comienza señalando la paradójica situación actual en la que se sostiene, a la vez, la madurez de la disciplina por su solidez y profesionalización, mientras sigue vigente

una profunda discusión metodológica. Ello se da en el marco de tres características que tipifican la naturaleza propia de la ciencia política: la multiplicidad de enfoques rivales, la discusión epistemológica y la subdivisión de sus campos de estudio. Finalmente, presenta un breve resumen de la historia de la disciplina.

Palabras clave

ciencia política - epistemología - metodología - status científico - paradigmas